SOCIÓPATA SOCIETY



UNA NOVELA DE

JOSÉ VIERA

SOCIOPATA SOCIETY

Una novela de

JOSÉ VIERA CÁNDIDO

1. ESTADO MENTAL

2. SITUACIÓN

3. REACCIÓN

4. TEXXAS

5. COSAS QUE PASAN

6. CADENA ALIMENTICIA

7. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: INFLUENCIA

8. AUTOAYUDA

9. TERRITORIO

10. LA DISTANCIA

11. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: URGENCIAS

12. FRAGILIDAD

13. RELATIVIDAD

14. VIAJE

15. NIGHTCLUBBING

1. ESTADO MENTAL

Cuando jodes bien jodido a unos cuantos hijos de puta el mundo se vuelve un lugar un poquito más justo.

La cosa se complica un poco si tenemos en cuenta que los criterios para determinar quién es un hijo de puta merecedor de ser jodido y bien jodido son relativos y subjetivos.

Luego están las preguntas a las que todo el mundo contesta de forma distinta dependiendo de sus propios intereses y circunstancias personales: ¿Puede una buena persona joder bien jodido a un hijo de puta? (dejemos en el aire, por ahora, el debate sobre cuáles son los criterios para determinar quién es bueno o qué significa ser bueno).

Respuestas:

Sí, porque la razón, la verdad y la bondad te dan fuerzas. Gracias a ellas y a un poder superior de origen desconocido, pero definitivamente real, podrás hacer frente a cualquier mal, ya sea persona, animal o cosa, que te ponga a prueba.

No, porque no está en tu naturaleza joder a nadie. Es como si hubiesen borrado de tu ADN la capacidad de hacer daño. Como si hubieses nacido con (o te hubiesen inculcado, que es peor) unos valores morales tan férreos que hacen de barrotes mentales y eres incapaz de atravesarlos. Básicamente, tú solo te prohíbes cualquier ápice de pensamiento o comportamiento poco honorable.

Puedes conformarte con una de estas dos alternativas o inventarte muchas más, a conveniencia.

Creo que la respuesta correcta es la segunda. He llegado a esa conclusión basándome en mi propia experiencia a lo largo de cuarenta años de vida. Soy una Buena Persona, genéricamente hablando. También soy incapaz de joder bien jodido a nadie, por muy hijo de puta que sea. Lo sé porque me he cruzado con demasiados hijos de puta que me han jodido a diestro y siniestro y todos ellos se han ido de rositas. No cabe duda, es algo empíricamente probado.

No había pensado en todo esto hasta que me crucé con CIUDADANO Z. Hasta ahora había vivido en una burbuja, con la cabeza metida en un hoyo bajo tierra, limitándome a poner la otra mejilla y conformarme. La vida es así, me decía. Sigue por el buen camino, trabaja duro y tu esfuerzo acabará dando sus frutos. La suerte te sonreirá porque te lo mereces.

Ha tenido que llegar un tipo como CIUDADANO Z para que abra los ojos, para darme cuenta de lo evidente: he pasado más de la mitad de mi existencia útil siguiendo unos principios que son puras memeces. Los hijos de puta han ido y venido en mi vida constantemente, con distintas caras y palabras, pero siempre han estado ahí, jodiéndome bien jodido en todas las variantes imaginables e impidiéndome llegar a la meta. Poner la otra mejilla y trabajar duro no me ha servido de nada. Al final siempre se me adelantaba uno de estos sujetos usando artimañas en las que yo jamás pensaría.

También me he dado cuenta de que si no he mostrado oposición real no ha sido por bondad, sino por falta de agallas. En el fondo soy un cobarde y mis principios morales son una excusa para no hacer frente a mi más que triste, penosa, realidad.

Matchball. Si quiero sobrevivir a esta vida de mierda con un poco de dignidad necesito una solución.

Pero me miro y sé que cambiar es inviable: ya no tengo remedio. Soy demasiado viejo, demasiados vicios adquiridos y demasiados escrúpulos para dar la cara, así que me decanto por la otra opción, que se muestra con meridiana claridad: a un hijo de puta sólo le puede joder bien jodido otro hijo de puta.

Necesito de un hijo de puta que haga el trabajo sucio.

Alguien como CIUDADANO Z.

Ahora está oscureciendo. Estoy apoyado en el muro de la terraza comunitaria que corona el edificio donde vivo. El bloque de enfrente, diseñado por un arquitecto con el gusto estético en el culo, me impide ver cómo se pone el sol. Sé que despertar no es nada malo. Aun así, no puedo evitar sentir miedo. Prefiero llamarlo vértigo.

- Si pudiera escapar me iría a vivir a Noruega – digo.

- ¿Por qué Noruega?

- No sé.

- ¿Qué hay en Noruega?

- Frío, silencio, noche.

- ¿Y qué más?

- Nadie que me conozca.

Esa habría sido la breve conversación si CIUDADANO Z hubiese estado allí, conmigo, en aquella azotea. Después, me habría mirado y habría suspirado.

2.SITUACIÓN

Casi siempre empieza así.

Ese sentimiento de…

Ese vacío de...

Asfixia. Se llama Asfixia.

Te asfixias casi todas las mañanas, sin excepción.

Aguanto todo lo que puedo en la cama. Llevo abriendo y cerrando los ojos más de dos horas pero me cuesta levantarme. La primera vez que suena la alarma del móvil es a las cinco en punto. Leí en algún sitio que los triunfadores madrugan más que los fracasados, incluso más que los ganadores de medio pelo, pero creo que es mentira, ahí hay truco. Intentando no variar mucho de postura, saco un brazo por un lateral, toco con los dedos la pantalla táctil y vuelvo a encogerme. A los diez minutos vuelve a sonar la alarma y repito el gesto. Ahora son las siete y cuarto y este juego insano se ha repetido catorce veces.

Desnudo en el cuarto de baño me afeito, me ducho, me cepillo los dientes y en todo ese tiempo no dejo de tener arcadas. Hasta secándome me sacuden los espasmos, aunque no tengo nada que vomitar. Me retuerzo y también toso. Es tan ruidoso que es imposible que no lo oigan los vecinos.

Me pongo los calzoncillos, los calcetines, la camisa, los pantalones, los zapatos, la corbata y la chaqueta, por ese orden, y las arcadas no han cesado.

Voy a salir de casa y entonces sí, ahí cesan. En cambio, empiezo a asfixiarse. La asfixia no deja lugar a nada más. Dura unos segundos, lo justo para recordarme que el nivel de ansiedad que soporto está muy por encima de lo tolerable. Demasiado. Podría llegar hasta a desmayarme.

Pero no lo hago.

Me sobrepongo.

No sé bien cómo lo logro. Llevo haciéndolo meses y ya es algo casi mecánico. Es abrir la puerta y cesa la asfixia. La cuestión es lograr abrirla. Hacer el gesto y salir al rellano.

Después de eso ya puedo fingir que me encuentro dentro de los parámetros emocionales estándar durante al menos catorce horas.

En la calle todavía es de noche. Casi siempre es de noche.

Mañana más.

3. REACCIÓN

Y te dices: frena en seco, corta, desgarra, haz lo que debas, pero soluciónalo.

CIUDADANO Z bien podría haber tenido, años atrás, problemas de falta de confianza y autoestima a los que sobreponerse. Si se le preguntase, ahora lo negaría. Un hijo de puta no puede admitir que una vez tuvo miedos e incertidumbres pues la fama se iría por el desagüe, y cuando se trata de ser un hijo de puta de los buenos, la fachada es más que importante.

CIUDADANO Z me hablaría con seriedad, seguridad, firmeza y hasta dureza, mordería y no soltaría hasta que la presa se hubiese rendido o muriese desangrada, actuaría y sobreactuaría como un bróker pasado de vueltas, por encima del bien y del mal, sin dejarse avasallar y jodiendo si te tiene que joder bien jodido: un capullo sin escrúpulos pero simpático.

Sobre todo caería simpático.

Es fácil, me diría CIUDADANO Z, si tienes un problema, soluciónalo. Si te intentan chulear, saca la bota a pasear. Acción frente a reacción. Y sonríe. No dejes de sonreír. La primera vez piensas que no podrás hacerlo, pero cuando ha pasado, y lo logras, te sientes realmente bien. Después es más fácil, como montar en bici. Todo es cuestión de práctica.

Imagina que vas por la calle. ¿Cuántas veces te ha pasado que te cruzas con una o varias personas en la misma acera y tienes que

variar tu postura y desviarte aunque sea unos milímetros para evitar el contacto? ¿Cuántas veces ha sucedido que el otro ni ha hecho el gesto? Apuesto a que hasta te disculpas.

Deja de hacerlo.

La próxima vez reacciona. Mantente firme, erguido, mirada al frente, a un punto más allá de esa puta masa de carne que se te viene encima y no tiene intención de ser educada. Aprieta los dientes, endurece tu cuerpo como un muro y deja que haya contacto. De hecho, provócalo. Asegúrate de que el imbécil de turno se lleva la peor parte del encontronazo, que se tambalee y si es posible, que caiga.

Seguramente te insulte.

No hagas caso, no frenes, no aceleres. Sigue tu ritmo con paso firme, sin mirar atrás.

Que se joda, así aprenderá a apartarse la próxima vez como hace la gente decente.

Créeme, te sentirás bien contigo mismo. Te sentirás muy bien.

4. TEXXAS

Tengo cuarenta años y no sé muy bien qué hacer con el resto de mi vida.

Más allá de la extrema ansiedad que me produce la desastrosa gestión del área laboral, más allá del vacío en el pecho tras varias relaciones sentimentales infructuosas que me han dejado sin ganas de repetir, más allá de las inevitables interactuaciones familiares, de la falta de dinero, de la ausencia de fe en la gente y sus dioses, de los ratos de silencio, con el teléfono apagado, leyendo, viendo series de televisión, jugando a la Playstation, leyendo cómics, consumiendo porno de forma compulsiva y desahogándome, está esa necesidad física llamada sexo que no siempre se va tras el desahogo.

Hace demasiado tiempo desde la última vez que me desnudé para alguien y de que alguien se desnudó para mí. También hace mucho tiempo que no me siento capacitado para relacionarme más allá de lo estrictamente necesario con hembras. Me limito a mirarlas desde lejos, fantasear. Poco más.

Se supone que estamos en este mundo para intentar hacer realidad nuestros sueños, y dentro de esos sueños hay un apartado muy importante dedicado a nuestras fantasías. Fantasías de todo tipo, al menos las que se puedan cumplir, moralismos aparte.

Hoy me he propuesto tachar una de la lista.

Abre la puerta una mujer de unos sesenta años y accedo a un vestíbulo en penumbra. Al fondo del pasillo, dos figuras me observan bajo el marco de una puerta.

La mujer me pide que la acompañe. Subo las escaleras tras ella, y cuando llego a la primera planta se abre una puerta por la que aparece una joven. Está desnuda. Tiene su pelo negro liso recogido en una coleta y la piel le brilla por el sudor. Sus pequeños pechos tienen los pezones puntiagudos y duros. Su pubis tiene vello negro. Me sonríe. Lleva en sus manos un ovillo de papel higiénico arrugado. Avanza y desaparece en otra habitación.

Entro en una estancia y la mujer madura me dice que espere. La habitación está sobriamente amueblada: una cama de matrimonio con dos toallas extendidas, una mesilla de noche, una lámpara, un perchero y un espejo en la pared. Al rato llegan otras dos chicas. Son un poco mayores que la de las escaleras y llevan lencería sugerente. Una tiene mechas rubias en el pelo y la otra, rosas. Elijo. La de las mechas rosadas abandona la habitación y cruzo varias palabras con la madura. Es algo mecánico, en plan comunicación de indios y vaqueros. Tras entregarle cincuenta euros más un plus de veinte por el anal me deja solo con la elegida.

Nos desnudamos, me ofrece unas chanclas y me lleva al servicio. Hace que me siente en el bidé, me enjabona la polla, los huevos y el ano, frota y aclara. Después hace lo propio con su coño y su culo. Está depilada y tiene tatuajes a cada lado del costado.

De vuelta en la habitación, se arrodilla y se mete mi polla en la boca. Se afana, traga, succiona, saliva, suave y fuerte, me lame los huevos, se los mete también en la boca, pero no se me levanta.

Cambiamos de postura. Me siento en la cama, me tumbo, le agarro la cabeza y busco profundizar en su garganta mientras miro nuestras formas en el espejo. Pero no es lo mismo si no la tengo dura. Ella le pone empeño. A veces se detiene unos segundos para limpiarse con papel higiénico la saliva que le resbala por el mentón. Busco con mi mano su coño y le froto el clítoris. Me enfunda dos dedos con un condón y los hundo en su vagina. Los entro y los saco, hago círculos en su interior, ella gime un poco sin dejar de chupar. Pero nada.

No se resigna y me enfunda la polla flácida. Se tumba encima de mí y le como las tetas. Son grandes, generosas para una asiática. Las estrujo, las aprieto, las lamo, le muerdo los pezones mientras frota su coño con mi cuerpo, con mi pene. Gime, finge que disfruta, intenta excitarme. Lo estoy, pero hoy mi polla va a su aire.

Le pido anal. Me vuelve a enfundar los dedos con otra goma y se pone de rodillas en la cama, dándome la espalda. Abre sus nalgas, las separa con las manos y le introduzco un dedo en el culo. Lo meto y lo saco reiteradamente, follándole el culo con el dedo, mientras me masturbo con fuerza intentando funcionar. Es mi polla la que debería estar dentro de su culo, no mi dedo.

En otra habitación otra polla sí que debe estar funcionando porque oigo gemidos. Son como pequeños chillidos de rata. Mi acompañante también los oye y gime mecánicamente mientras yo me esfuerzo. Al final me canso, me doy por vencido.

Quedan unos minutos del tiempo acordado. Me tumbo en la cama. Estoy completamente sudado. Ella se tumba a mi lado. Un poco más

allá, en el pie de la cama, hay un montón de papel higiénico usado.

Me pregunta de dónde soy. Le miento. Me dice que si he bebido alcohol o me he metido una raya. Hace el gesto de esnifar. Hay hombres que no funcionan cuando se pasan con ciertos consumos. Le digo que no. Su castellano es limitado, primario.

Permanecemos en silencio. Allí, tumbados, imagino que tenemos una conversación: ¿Son chinas todas las chicas de la casa? Ella me diría que no y que su padre es japonés y su madre es norteamericana. Sus pechos grandes serían herencia de su madre. Diría que nació en Texas. De ahí a cómo acabó chupando mi polla flácida iría una larga historia. Mentiría en toda la conversación si la tuviéramos, por supuesto. Es sabido que cuanto más raro o exótico sea el origen de la puta más fuerte es la fantasía del putero.

Me lleva de nuevo al cuarto de baño. Mientras me ducho para quitarme el sudor, ella se sienta en el bidé. La observo enjabonarse, frotarse, secarse. Después me seca a mí, mi espalda, mi pene, mis testículos.

Volvemos a la habitación, nos vestimos y me acompaña a la salida. Me da un pico y me dice que vuelva otro día.

5. COSAS QUE PASAN

CIUDADANO Z y yo empezamos a quedar de forma asidua sin proponérnoslo. Al principio fueron encuentros casuales. Luego, se convirtieron en encuentros rutinarios, un par de veces a la semana, misma hora, mismo bar, misma barra, distinta bebida. Yo tomaba café y él, cerveza. Nunca le vi tomar otra cosa. Decía que la vida era demasiado jodida para soportarla sin alcohol y demasiado bonita para ensuciarla con bebidas de mierda, haciendo referencia a esos whiskies, rones y gins de moda que te ponen ahora en cualquier garito y que los guays de turno bebían confiados sin tener la certeza, y sin importarles siquiera, de qué coño se estaban metiendo realmente. Con la cerveza y con el vino eso no pasaba y él era más de cerveza.

En nuestros encuentros charlábamos del día a día, de cómo nos había ido y cómo esperábamos que nos hubiese ido, realidad e intenciones que solían no coincidir cayendo la balanza normalmente del lado negativo. Las cuentas apenas salían.

También nos contábamos anécdotas, historias sobre personas que conocíamos, habíamos conocido o habían sido brevemente famosas por algo que habían hecho, generalmente cosas malas. Lo bueno no trasciende, pero lo malo sí que es noticia. El problema de eso es que lo malo llama a lo malo y las noticias trágicas a las trágicas, el morbo lo favorece y al final no hay ni una sola noticia buena, por lo que la gente piensa que el mundo está fatal y que no hay solución posible, lo piensa y se lo acaba creyendo,

cayendo en un hastío, un pesimismo y una indiferencia que alimentan todo lo anterior. La cuestión es que se equivocan. El mundo no está tan mal como piensan. Está peor, mucho peor, pero hay noticias que jamás trascienden y se ocultan por los gobiernos y los medios de comunicación.

Una de esas historias que no se pudieron ocultar fue la de un conocido que se largó a liarla a Madrid porque hacerlo en Cáceres no habría tenido la misma repercusión mediática.

Se metió en un mitin de un partido de izquierdas y se cargó a cincuenta y siete personas, incluidos todos los políticos del escenario. El invento no le salió bien del todo, porque la bomba estalló unos minutos antes de tiempo y también le pilló a él de lleno.

Salió en casi todos los telediarios y fue tema de interés durante una semana.

Los medios de comunicación hicieron lo que se esperaba de ellos: contar la noticia, cada uno barriendo para casa, a su manera.

Empezaron con su mensaje encontrado en una nota entre sus ropas: "¡Iros a tomar por culo!". Eso desconcertó a todo el mundo porque no sabían a lo que atenerse.

Si hubiese gritado "¡Dios es Grande!" estaría claro que se trataba de un fanático religioso, tras lo que se empezaría a investigar sobre qué tipo de fanatismo, porque… ¿de qué Dios estamos hablando? Alá es un dios, y Yahvé es otro dios, y Odín, y

Ra, y hasta Dios es un dios. Y si se refería al dios cristiano, ¿cómo saberlo? ¿No habría sido mejor gritar "¡Jesucristo es grande!"? Más que nada para evitar malentendidos.

Luego habrían seguido las especulaciones sobre el contexto religioso del atentado: ¿Musulmán? Era la opción más probable, cosas de acostumbrarse al día a día. ¿Judío, jedi, budista? No tendría sentido una reclamación fundamentalista de esas religiones en tierras españolas. ¿Cristiano católico? Imposible. ¿Dónde se había visto que existieran cristianos radicales?

Continuarían con una disección de la vida del sujeto: soltero, funcionario jubilado, compraba la lotería y hacía la quiniela, simpatizante del F.C. Barcelona hasta que le tocaron la moral con lo de querer largarse a no sé dónde, por lo que se pasó a la competencia, no al Real Madrid, lo cual habría sido de chaqueteros, sino al Atlético, que estaba en auge. Solitario, frecuentaba los mismos establecimientos todos los días, nada de drogas, cinco o seis vasos de vino de pitarra antes de comer, hipoteca pagada y casa libre de cargas. ¿Fundamentalista cristiano? Tampoco iba a misa. Aun así, reporteros de los programas más amarillos y hasta rosas entrevistarían al párroco y a los feligreses que salían de la iglesia de su barrio con cara incrédula a la par que compungida. "Es imposible", dirían, "nuestra religión es amor, nada de violencia, la historia así lo demuestra. El mundo se va a la mierda sin moral, sin un fin mayor, sin virtuosismo, sin fe, bla bla bla. No se puede entender la existencia de vida sin un Creador. Dios es el camino, Jesús es el

sendero. Una sociedad sin fe está perdida, es decadente, es Roma derrumbándose y negarlo es traicionar al propio ser humano y su origen divino. Todos aquellos que niegan a Dios traicionan al mundo". Varios Obispos y hasta el Papa condenarían el atentado en ese mismo sentido y eso que no le conocían. También el Presidente del Gobierno y sus barones dirían unas palabras. Hasta los futbolistas twittearían su repulsa: el fanatismo no diferenciaba entre religiones, o lo que es lo mismo, hay tontos en cada casa.

Las pruebas se amontonaron y la sociedad empezó a asimilar el horror, porque la realidad era que no hallaron ningún vínculo con grupos radicales religiosos o antisistema. No se sabía por qué lo había hecho y eso era peor que saberlo porque no tienes hacia dónde apuntar el dedo acusador.

De su vida privada poco se sacó. Más allá de lo ya explicado, no tenía vida.

Autodidacta en eso de ser terrorista pero terrorista al fin y al cabo.

Me contó lo que iba a hacer, allí sentado en un taburete del Bohemia mientras bebía vino. Son todos iguales, políticos de mierda, te roban con una sonrisa y esto ha llegado a un punto insoportable, por eso hay que hacer algo. Voy a cargarme a todos esos hijos de puta, sentenció.

No tienes huevos, le dije.

Va a ser que sí los tuvo.

Finalmente, todos acabaron aceptando la teoría del lobo solitario de extrema derecha atentando contra los comunistas, hasta que varias semanas después la policía descubrió que el terrorista tenía un trastero a nombre de una abuela fallecida veinte años atrás y que en ese trastero había más bombas de fabricación casera y propaganda de todos los partidos políticos del país, de centro izquierda, de centro derecha, de izquierdas, de derechas, de centro, de los extremos y hasta de Pacma, y eso daba más miedo todavía porque tampoco resultó ser un fanático político, sino sólo un ciudadano cualquiera, como la inmensa mayoría, salvo que éste se había cansado de verdad de que le tomasen el pelo.

Pasado casi un año, me sigo tomando un vinito diario o dos, a su salud, en el Bohemia. También me sigo preguntando quién coño le dio las bombas, porque saber hacer una tiene miga y... Coño, Hermenegildo no sabía hacer la o con un canuto.

6. CADENA ALIMENTICIA

Fui niño…

… Y siendo niño, maté.

Instintivamente, inconscientemente, sin tener la menor idea del poder en mis manos, sin sospechar el sufrimiento que causaba.

Veía una hilera de hormigas, un escarabajo, una mosca, un pequeño insecto en el zaguán… Por placer, porque molestaba, por inercia, porque sí, por nada, tiraba de fuerza, de tamaño, hacía valer mi condición de especie dominante, de ogro de cuento, y me deshacía del ser inferior de turno.

Había otros niños y ellos también mataban.

Algunos iban más allá y tenían escopetas de balines. Para pájaros, o gatos.

Nunca fui de "caza mayor".

Lo más lejos que llegué fue cuando, siendo adolescente, me deshice de un hámster. Tras intoxicarlo me arrepentí. Al instante. La gente que regala hámsters sabe muy bien lo que se hace. Te ponen a prueba, a ver lo que dura vivo el bicho. Es una forma de descubrir si hay un pequeño psicópata en ti o algo parecido.

Después de eso no he vuelto a matar conscientemente.

Pero otros niños sí mataban. Siguieron matando ya crecidos, cuando ya eran conocedores de las consecuencias, sabiendo perfectamente el sufrimiento que causaban.

Ya no mataban animales, al menos no en público. Habían dado un paso adelante y se habían girado contra su propia especie. Sacaron los dientes y empezaron a asesinar. De otra forma. Ahora aniquilaban, destrozaban, hundían, ahogaban sentimientos, emociones, ilusiones, alegría.

Y lo siguen haciendo.

Sin necesidad de sangre. Ni una gota.

Las lágrimas son más preciadas.

Yo no podía ser una excepción y también me crucé con ellos. Con sus dientes. Todos se cruzan con ellos. Están en todas partes.

No supe defenderme. Nunca fui un buen luchador. Yo, que creía en la honestidad del ser humano, fui presa fácil.

Miro este atardecer desde la terraza. Sólo miro mientras medito en silencio.

Hay una hormiga en el muro donde estoy apoyado. Se acerca a mi brazo.

Extiendo la mano y la aplasto con el dedo de forma consciente y premeditada, sabiendo que he acabado, porque sí, con una vida minúscula. A alguien en algún lado seguro que le importará. A otra hormiga, supongo.

Una hormiga.

Una puñetera hormiga.

Aplastas una hormiga y empiezas a pensar en el siguiente escalón de la cadena alimenticia.

Por algo hay que empezar, me diría CIUDADANO Z.

7. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: INFLUENCIA

Pido café con leche fría. También pido un vaso de agua. CIUDADANO Z pide lo mismo pero con leche caliente y sin vaso de agua.

Las camareras hablan entre sí.

Una está contando cómo en navidades se gastó casi toda una paga en regalos para su novio.

Es una pena que tenga novio, pienso, porque está buena. Pienso en estrujar sus tetas y en apretarle la cabeza de pelo corto y negro contra mí para que se trague la polla lo más hondo posible.

Sigue contando que su novio también se ha gastado una pasta en regalos para ella.

La segunda camarera le dice algo así como que está hasta las narices de novios. Da a entender que no le va bien con el suyo.

Me alegro al oírlo porque tampoco me importaría follármela. De hecho, me pone muy cachondo. Es más pequeña que la primera. Pequeñita y manejable. Quisiera agarrarla de la coleta rubia y morderle el cuello, hacer que me monte para poder acariciar y lamer sus diminutos pechos. Imagino unos hermosos, grandes y jugosos pezones.

La morena me pone el café con leche fría y se olvida del vaso de agua.

Un cliente que está sentado al final de la barra le dice que tiene suerte, que no todas las parejas se quieren igual ni dan tantas señales de cariño en forma de regalo.

Oculta algo, dice CIUDADANO Z.

Las dos camareras y el cliente del final de la barra le miran.

Oculta algo, repite. Si un tío te hace muchos regalos es porque tiene remordimientos. Algo ha hecho y tú aún no lo sabes.

No digas eso, hombre, comenta el hombre del fondo. Se quieren y eso es bueno. Ya quisiera yo que me hiciesen tantos regalos.

¿Y tú se los haces a tu mujer?

No.

Porque no tienes nada que ocultar.

La camarera rubia se ríe y la morena le amenaza con no servirle la próxima vez.

Mientras, a mí sigue sin ponerme el vaso de agua.

No seas malo, dice la rubia. Su novio se acaba de ir un par de días a Madrid. Sigue riéndose.

Entra más gente. Un grupo de jubilados de una excursión. Se hospedan en el hostal de al lado y se preparan para visitar la ciudad.

Las camareras empiezan a moverse mecánicamente. Trabajan con rapidez pero empiezan a agobiarse superadas por el elevado número

de sexagenarios. En cuestión de minutos se han olvidado por completo de nosotros.

Cuando voy a tirar de monedero CIUDADANO Z me sujeta la mano. Nos vamos sin pagar aprovechando el descontrol del momento.

Nunca antes lo había hecho.

Esa noche me masturbo pensando en la rubia y la morena, en lo que les haría, sus tetas, las grandes y las pequeñas, sus coños. Imagino que están depilados. Casi todas las chicas jóvenes se los depilan, al igual que yo me afeito los huevos. Me gustan los coños depilados porque al comerlos no pillo pelos, igual que a ellas les gustan los huevos afeitados por la misma razón. Que se te metan pelos en la boca no es agradable.

Después de correrme duermo del tirón hasta el día siguiente.

En otro lado de la ciudad, la camarera morena no puede pegar ojo. Piensa en los regalos de su novio y en lo que estará haciendo en Madrid. Pasa la noche y su cabeza no deja de dar vueltas. Empieza a temer que le esté ocultando algo.

8. AUTOAYUDA

De esto va la charla:

La vida tiene un sistema de funcionamiento fácilmente comprensible. Es un reloj, así de simple. Como buen reloj, sus manecillas dan vueltas y vueltas, en círculos, una y otra vez, repitiéndose, hasta que se queda sin pilas. Entonces, el reloj muere.

Funcionamos por ciclos y no todos son buenos. Se mezclan, se reemplazan, cambian de uno a otro, como los partidos políticos en el gobierno. Etapas buenas dejando atrás, con esperanza, etapas malas, y etapas malas echando por tierra todo lo logrado en la etapa previa, manifiestamente mejor.

Así es y será, todos lo saben.

El problema surge cuando el reloj empieza a funcionar defectuosamente y enlazas una etapa peor tras una mala, seguida de otra pésima y de otra funesta. El ciclo se ha jodido, alterado peligrosamente, y tu vida se tuerce encaminándose inexorablemente a lo que cualquiera llamaría "una mierda gigantesca".

Para sobrevivir a ese momento crítico, crucial, para no ahogarte, debes saber identificar tus problemas. Salir de tu cuerpo, mirarte desde fuera, usar otros ojos.

Porque si una puerta se cierra, se abre una ventana, pero estamos tan descolocados, tan frustrados y agotados, que no vemos la ventana.

Y si no puedes salir de tu cuerpo, si no lo puedes hacer solo, pide ayuda. Deja que otro mire el cuadro completo por ti.

Por ejemplo, usted, joven, cuéntenos, ¿qué es lo que le abruma?

Ahora es el momento en el que el gurú guay capta clientes. El mensaje es básicamente éste, aunque con términos más técnicos, intelectuales y rimbombantes que vienen a transmitir lo mismo pero con una envoltura más vistosa para paletos. Se dirige a uno y a otro, a tantos espectadores como pueda, les dirá tres o cuatro frases estereotipadas con un probado efecto reconfortante, el resto del público aplaudirá y habrá asegurado la venta de un buen número de ejemplares de su nuevo libro. Quizás también alguien que pague por sesiones privadas de meditación y crecimiento interno personal. Es la hora de hacer caja. No esperamos a que acabe. Nos levantamos y nos vamos.

Se ha hecho de noche y estoy agotado, pero no quiero volver a casa. Necesito hacer tiempo, despejar mi cabeza. Tampoco CIUDADANO Z tiene pinta de dejar que me largue. Entramos en un pub de moda. Ha abierto hace poco y apenas hay gente. Pedimos una cerveza y una coca cola. La mayoría de los clientes bebe gin, como los abuelos hace treinta años. CIUDADANO Z pide más cerveza y yo rechazo otra cola porque me queda la mitad de la primera. Mientras CIUDADANO Z razona con mil ejemplos por qué charlas como la de antes son una pérdida de tiempo, yo me dedico a observar. La camarera pone música indie bailable. No tengo muy claro cómo encajan ambas palabras, me recuerda a Dover cuando dejó de ser Dover. Hay tres

chicas a varios metros a mi derecha. Una de ellas es preciosa: morena, pelo corto, alta, ojos oscuros, pecho de talla media y un vestido azul marino que la hace apetecible. Tiene un tatuaje en la muñeca. CIUDADANO Z va al servicio, momento que aprovecho para armarme de valor, ahora que nadie me ve. Le doy un trago a la coca cola, me digo que por qué no y le hablo. Ella se acerca y me pregunta que qué he dicho, que no me ha oído. Bonita clave de sol, repito mientras le cojo la muñeca donde tiene el tatuaje. Es clave de fa, responde. Miro a la muñeca y tiene razón. Mi vista me ha jugado una mala pasada. Cuatro años de solfeo y dos de guitarra en el Conservatorio a la mierda.

No digo nada y ella regresa con sus amigas.

CIUDADANO Z vuelve del servicio y acaba la segunda cerveza de un solo trago. Se dispone a pedir una tercera pero le freno. Le doy otro trago a la cola y nos vamos. Insisto para lograrlo. No quiero volver a verla. No quiero que vuelva a verme.

Camino de casa, paso al lado de la Biblioteca donde se celebraba la conferencia del gurú guay. El gurú guay charla animadamente con gente que tiene cara de haber visto la luz. Reparte sus tarjetas de visita entre ellos. Todos llevan un ejemplar de su libro a cuestas.

No necesito tu libro de autoayuda, no necesito tus palabras amables, me digo, sólo necesito un jodido buen día. Entonces me acuerdo de Texxas. Así he bautizado a la asiática. Sus ojos mirando a mis ojos mientras chupaba mi polla flácida, sus fingidas ganas de satisfacerme. Necesito tener la oportunidad de resarcirme

conmigo mismo. Aprovecharla. Demostrarme que no estoy jodido. O al menos, no jodido de esa manera. Sólo necesito no tener miedo a un gatillazo. Me doy cuenta de que tengo una erección. A buenas horas.

Llego a casa, me acuesto y sueño con Texxas. La escena se repite una y otra vez. Mientras, en otro lado de la ciudad el gurú guay está bebiéndose un gin mientras habla de las propiedades terapéuticas de la música con la chica del tatuaje en la muñeca.

9. TERRITORIO

En otra ocasión, CIUDADANO Z me contó la historia verdadera de un anciano que iba al parque que había cerca de su casa. Era algo así:

Un anciano sentado en un banco observa a un grupo de yonquis en la otra punta. En el grupo de yonquis hay varios hombres y una mujer. Pasan las mañanas insultándose mutuamente y bebiendo briks de vino tinto o litronas. Cuando se calientan los insultos son más salvajes y sus palabras son gritos. Nada nuevo.

El anciano lleva varios días observándolos.

Llama a la mujer, no muy alto, gesticulando con la mano, lo suficiente para que no sólo la chica se percate del requerimiento, sino también sus compañeros. Hablan entre ellos y al final ella se acerca. Aún no se tambalea, no como otros días, al menos.

Quién es tu novio, pregunta el anciano antes de que ella llegue a su altura.

Y a ti qué te importa.

Quién es tu novio, insiste el anciano. Su tono de voz no es amable. De repente ya no parece tan viejo, su cara se torna afilada y su mirada oscura.

La mujer vacila unos segundos que parecen eternos, mira al grupo, le mira a la cara, vuelve a mirar al grupo y acaba señalando al más bajo y esmirriado de todos.

Cuánto le quieres.

La mujer no sabe de qué va la cosa pero contesta igualmente. Mucho, por eso es mi novio.

Cuánto.

Que mucho.

Cuánto dinero le quieres.

La mujer no responde. Mira al anciano con cara torcida, labios apretados y ojos vidriosos.

Él saca su cartera de un bolsillo y le ofrece un billete de diez euros.

Eres un pervertido. No chupo pollas de viejos, dice la yonqui tras un rato de observar el dinero.

No quiero que me hagas nada, añade, y saca otro billete de diez euros.

La mirada de ella es cada vez más brillante. Él saca más dinero.

Qué quieres que haga.

Que beses en la boca a uno de tus amigos. A uno que no sea tu novio.

Y una mierda.

El anciano saca otro billete y luego otro más. Ya va por los setenta euros.

¿Estás segura? Extiende el brazo, acercando el fajo a la mujer.

Ella se relame. Todos se relamen, piensa el viejo. Ella se vuelve a relamer.

Más, acaba diciendo con voz casi inaudible.

Sigue pidiendo hasta que llega a la cifra de cien. Ni un céntimo más, dice el viejo.

La cara de la mujer se arruga. Parece como una tortuga metiéndose en su caparazón, replegándose la piel de su cuello sobre sí misma.

Intenta coger el dinero, pero el anciano es más rápido y lo retira de su alcance.

A la mañana siguiente, mientras tomaba café y leía el periódico, el anciano escuchaba cómo los clientes y los camareros se contaban unos a otros cómo un grupo de drogadictos se había enzarzado en una pelea por una tía y uno de ellos había clavado una navaja en el cuello a otro y herido de diversa gravedad a dos más antes de que llegase la policía. El afortunado que recibió el navajazo en el cuello se fue rápido, los dos heridos seguían en el hospital, al novio celoso lo hospedaron en un hotel sin puertas y la mujer se largó de allí corriendo. No la han encontrado aún.

Los servicios municipales tardaron todo el día en limpiar la sangre, y aunque no había ni una sola señal de lo que había pasado allí, ningún padre con niños se acercaba a la zona, ni siquiera para curiosear. Eso agradaba al anciano, que se sentó

tranquilamente en su banco favorito a disfrutar del sol sin un solo niño repelente alrededor.

Así fue hasta que murió, no hace mucho.

¿Cómo sabes que la historia es cierta?, pregunté a CIUDADANO Z, a lo que él respondió:

¿Por qué no debería serla?

10. LA DISTANCIA

Mido la distancia en bocanadas de aire. Doce bocanadas para veinticinco metros. Si eso lo multiplicamos por diez salen ciento veinte bocanadas en doscientos cincuenta metros.

No soy un gran nadador.

En la mitad de las calles un centenar de alumnos sigue las instrucciones de dos profesores que ni se mojan. En el resto de la piscina hay de todo entre los que van por libre. Yo soy de los que hace lo que puede.

Ningún estilo depurado, ninguna clase, poca resistencia y un bañador que me queda pequeño.

Pero mientras estoy dentro todo da igual.

No piensas nada.

Nada de trabajo, nada de llamadas que nadie contesta, nada de cabreo ni frustración, nada de plazos ni obligaciones, nada de sentir que no estás haciendo lo suficiente, que debes ser más duro, o simplemente duro, que el dinero por delante o te vas a tomar por culo, nada de hacer favores y nada de dejar que...

Just breathe.

Como la canción de Pearl Jam pero sin dirigírsela a seres queridos.

Just breathe.

Quédate conmigo, tú, esa parte de mí que nunca hace caso de las buenas maneras y se encabrona y da un puñetazo a una mesa y grita que aquí mando yo.

Just breathe.

Quédate conmigo, mucho más de lo que lo haces.

Just breathe.

Te necesito.

Me sumerjo, uso los pies para impulsarme con la pared y me deslizo bajo el agua unos metros. Empiezo a nadar a braza. Uno, dos, tres, cuatro, saco la cabeza por mi lado derecho, cojo aire y vuelvo a contar. Saco siempre la cabeza por el lado derecho. Me han recomendado que alterne los lados porque el abuso de postura me acabará molestando muscularmente, pero cuando lo intento por el lado izquierdo me cuesta más, así que vuelvo a lo fácil. Me prometo que lo cambiaré, pero no hoy.

Uno, dos, tres, cuatro y de nuevo saco la cabeza. En poco menos de un segundo soy consciente de la luz, la música de mierda, las instrucciones de los profesores, la vida alrededor. En poco menos de ese segundo vuelvo a tener la cabeza bajo el agua y regreso al vacío.

Al silencio.

Al nada más.

Y vuelvo a contar.

Mido la distancia en bocanadas. He aprendido a calcularla para saber cuándo debo extender el brazo para amortiguar mi llegada a la otra punta.

Sólo una cosa en la cabeza: doce bocanadas en veinticinco metros. Nada más.

Ojalá todo fuese tan fácil.

Sin resto del mundo, sin gente a quien odiar ni ganas de...

Ciento veinte bocanadas y doscientos cincuenta metros. Ésa es la distancia que me separa, cada día, de dejar de ser normal. Recorrerla cansa, agota y relaja a mi animal.

A veces el remedio para evitar algo peor es sencillo. Ojalá todo fuese sólo eso, respirar. Nada más.

11. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: URGENCIAS

El cartero, que tenía prisa, no se aseguró de que la carta quedaba debidamente depositada y a mí me llevó apenas un segundo estirar los dedos, agarrar la punta del sobre que sobresalía, sacarlo de la boca del buzón y meterlo en el bolsillo de mi chaqueta.

Ya en casa, lo revisé: Servicio Extremeño de Salud.

Interesante.

Se trataba de una cita para Oncología.

Volví a meterla en el bolsillo de la chaqueta.

Al día siguiente me crucé con el destinatario. Y al otro. Y casi cada día. Era mi vecino, al fin y al cabo. Miraba cada mediodía el buzón. Nunca decía nada, pero parecía inquieto.

El hombre nunca me había hecho nada malo. Todo lo contrario: era simpático, cordial, estaba siempre dispuesto a ayudar y nunca tenía el volumen de la televisión a un nivel excesivo.

Era una buena persona, pero a las buenas personas también les ocurren cosas inesperadas.

Mi vecino... Era.

Todo es culpa de la Administración: este tipo de comunicaciones debe ir siempre certificado, sobre todo si son urgentes.

Antes del fatal desenlace le enseñé la carta a CIUDADANO Z. Me sentía mal. No debí haber seguido ese impulso destructivo e innecesario.

¿Todavía la tienes?, me dijo. No dejes evidencias. Jamás.

Allí mismo rompí la hoja y el sobre en tantos pedacitos como me fue posible y pedí una coca cola. CIUDADANO Z se rió. Me dijo que me vendría mejor una copa de vino, que me lo había ganado.

12. FRAGILIDAD

Esto tiene que ver con...

Mojo la brocha en el cuenco lleno de agua y se la restriego por la cara; después, vuelvo a mojar la brocha y la paso por el jabón de afeitado. Empiezo a restregarla, esparciendo la espuma, en la cara de mi abuelo.

No dice nada. Se deja hacer, mirando al frente, casi sin pestañear. Un culebrón le recorre parte de la espalda, el hombro y el brazo derechos y no puede valerse por sí mismo. Su mirada, cristalina, es también vidriosa.

Cuando paso la cuchilla, noto los pliegues de su piel, como dunas en un desierto. Un montículo tras otro. Cada uno de ellos sumando años.

Es una actividad mecánica, como afeitarse uno a sí mismo pero con otra cara, y de repente en vez de un rostro lo que tengo delante es un espejo.

Mi abuelo era una persona fuerte. Mi abuela y él sacaron a cuatro hijos adelante en la época en la que era difícil sacar a los hijos adelante. Venían de un tiempo en el que era todavía más difícil sobrevivir, pero lo lograron.

Mi abuelo era una persona débil. También. No se puede ser fuerte todo el tiempo. Creer lo contrario es de necios.

Cuando conoces tu debilidad, puedes actuar de dos maneras: o luchas contra ella o la abrazas. Él abrazó tantas veces la suya

que llegó un momento en el que no supo cómo enfrentarla, y vivir así tiene un precio.

Recuerdo que me escondía de un ogro cuando era pequeño. No me escondía solo, sino acompañado de un amigo. El ogro llegaba a casa y mi amigo y yo buscábamos refugio en el trastero, en la azotea, en cualquier esquina. Mi amigo llamaba "padre" a ese ogro, y ese ogro tenía la misma debilidad que mi abuelo.

Yo nunca llamé ogro a mi abuelo.

Nunca fue un ogro conmigo.

Y menos ahora.

Miro al interior del espejo y me reconozco en el reflejo. No en su debilidad. No es la misma que la mía. Pero sí en su forma de afrontarla. He abrazado demasiadas veces mi propia debilidad, aunque todavía sé cómo hacerle frente... O eso creo.

Acabo de afeitarle. Le he hecho un pequeño corte en la barbilla. Cuando le limpio la cara queda una marca de sangre en la toalla. El corte en su piel se confunde con sus pliegues, con sus arrugas, y si no te fijas bien ni siquiera parece un corte. En un par de días, ni eso.

Ahora nos miramos cara a cara. Su piel llena de años y mi piel que empieza a tener surcos.

Sus ojos cristalinos y vidriosos me sonríen. Sus labios también.

Me aparto un poco y miro su cuello, su torso en una camiseta interior de tirantes, su brazo dolorido e inmovilizado.

No poder hacer lo que siempre has hecho es una putada, aunque sólo se trate de un simple afeitado.

Sé que le jode. A mí me jodería.

Me haría sentir frágil, como sé que se siente él.

No quiero ser frágil.

No puedo ser frágil.

13. RELATIVIDAD

Seguir las normas es importante, pero… ¿las de quién?

14. VIAJE

No recuerdo el frío de la mesa de operaciones, pero sí los temblores al despertar. Se me había congelado hasta el alma. Puta anestesia. Dependiendo de lo que estés pensando en el momento de caer, así será el viaje.

Luego escuchas voces. Está todo casi en negro, un mar azul oscuro, un ambiente turbio, un yo no sé dónde estoy y las voces que te llaman.

Como sirenas.

Lejanas hasta que dejan de serlo y de repente estás ahí, desorientado, desnudo bajo una sábana verde, diciendo cosas incoherentes sobre una experiencia que no recuerdas.

Alguien borró ese momento de tu cabeza y te impidió traerlo de vuelta contigo a esta realidad.

Ese alguien te deja sin sueños, aterido de frío y tiritando.

Pedazo hijo de puta ese alguien.

Te deja sin nada y sin saber dónde estás.

Pero lo importante no es dónde estás, sino dónde has estado todo ese tiempo de caída, en esas oscuras y turbias aguas de tu memoria.

Porque donde has estado has aprendido a ser feliz, o a tener miedo, o a luchar, o a amar, o a ser más listo y menos

inteligente, o a odiar, quizás. Lo has aprendido y te han obligado a olvidarlo, a despertar.

Y ya no se puede volver.

15. NIGHTCLUBBING

Recuerdo mi vida por episodios, fragmentos sueltos que sé situar perfectamente en el tiempo, aunque acudo a ellos obviando descaradamente el orden cronológico que me obligaría a repasar todo lo bueno y lo malo hasta llegar al momento exacto que quiero revivir. Nuestra memoria ya no es una cinta de casete o de vhs, ya no tenemos que pulsar el fast forward o el rewind. Es lo bueno que tiene el futuro, que se acaba haciendo presente y nos trae, entre otros lujos, el regalo de la inmediatez. Abrimos en nuestra cabeza una pantalla virtual en la que se despliega un menú y un listado bastante pormenorizado y así, a la carta, podemos abrir el archivo temporal que nos interese.

Esos archivos son de tipos variados: audio, vídeo, imágenes que parecen fotografías polaroid, hasta olores, y en los casos más sofisticados, térmicos.

Somos, cada vez más, ordenadores.

Llevo una larga temporada viviendo más en el pasado que en el presente. En el futuro intento no fijarme. Se aventura oscuro. Ahora que soy consciente de que con toda probabilidad he atravesado el ecuador de mi vida (salvo que resulte ser un caso raro de longevidad, lo cual no es ni remotamente probable si nos atenemos a las estadísticas), dedico una porción poco saludablemente elevada de mi tiempo libre a revisitar esos instantes en los que o fui muy feliz o metí la pata con dramáticos resultados. Acudir al resto de momentos, que son la inmensa

mayoría, adornados con emociones binarias, es absolutamente innecesario e inútil, una total pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que prefiero perderlo en aquellos que me hagan sangrar o sonreír.

Y para qué negarlo, me detengo más en el drama. Al fin y al cabo, mis errores, más que mis aciertos, han sido los condicionantes que me sitúan donde estoy, este lugar físico, económico y emocional que en teoría no debería ocupar atendiendo a mis habilidades y conocimientos, pero como todo no es teoría y había en juego factores que por mi juventud desconocía, ignoraba o menospreciaba, pagué las consecuencias de ese desprecio a veces intencionado a veces no. Me creía inteligente y no fui lo suficientemente listo para protegerme de las inclemencias de la vida, aprovechar la fuerza del viento y, más importante aún, saber leer las intenciones y acciones del resto de congéneres con los que interactuaba.

Así que fracasé.

Otros dirían que no, que no he fracasado y que decir eso con sólo cuarenta años es adelantarme demasiado teniendo en cuenta lo que me queda por jugar, las vueltas que da la vida y todo ese blablablá que te suelen soltar para animarte, aunque en realidad les da lo mismo. Bastante tiene cada uno con sus movidas como para preocuparse de las de otros que no estén en su círculo de relaciones e influencias más íntimo. Es puro protocolo que todos aplican para evitar situaciones y silencios incómodos, como el

“qué tal estás” y el “bien” que respondemos aunque estemos jodidos.

Insisto: fracasé, y ese pensamiento no me lo va a quitar nadie. Finalmente, para colmo, es también habitual en nuestra especie tener la sensación de que como nos vemos a nosotros mismos es como nos perciben los demás, por eso muchos mienten e intentan transmitir una imagen para nada acorde con su realidad interior y mantienen esa visión durante un tiempo determinado hasta que no pueden sostenerla (por su debilidad mental) y se destapa el pastel. Otros son más prácticos, saben que son feos por dentro y les da lo mismo, porque esa fealdad es el ingrediente esencial con el que construyen su fachada de triunfador macarra e hijo de puta. Sí, la inmensa mayoría de los denominados “triunfadores” son unos auténticos macarras hijos de puta sin escrúpulos que maquillan su careto interior, ese que decíamos que es feo, con lujos y un afán acaparador frívolo y materialista más propio de alguien con Síndrome de Diógenes, pero como tienen casas enormes donde meter todos los trastos que adquieren, es como si no se notase. Al final, tener una casa grande o pequeña también te acaba definiendo frente a la sociedad, la cual los acaba admirando y envidiando en lugar de tratarlos como enfermos a los que, por su propio bien, habría que privar del uso de sus tarjetas de crédito.

Y eso que son feos de cojones.

Pero volvamos a mi caso: había fracasado, y asumirlo es más difícil que decirlo.

Yo no estaba hecho de la pasta con la que se hornea un triunfador. Lo había intentado, me fijaba continuamente en la cara de esas putas ratas engominadas y en cómo pedían café, su prepotencia, sus trajes impolutos perfectamente planchados, sus carteras abultadas y su forma de andar, estirados como para rozar el cielo. Me había fijado también en sus hembras. Quería una de esas para mí. Que una pija de aquellas te la chupe tiene que ser una experiencia mística, ver cómo se arrodilla en agradecimiento por la vida que le estás dando, llena de bolsos caros y carente de preocupaciones porque no necesita trabajar. Ya lo haces tú por ella. Sólo tiene que ir al gimnasio dos horas al día a correr en la cinta para mantener ese cuerpazo que dios le ha dado y tenerte sexualmente satisfecho, siempre con una sonrisa de oreja a oreja. Se arrodillan y la chupan salvajemente porque va su supervivencia en ello. Como si se tienen que disfrazar de conejitas de playboy para follar o ponerse un collar para perros y decir "soy tu esclava", o tu puta, tu golfa, tu zorra, mientras les tiran de la cadena del collar hasta la polla. Satisfacción absoluta, ese es su lema. Como si se dejan dar por culo a petición del respetable. De hecho, no me cabe la menor duda de que todas ellas se dejan dar por culo. Las miro, allí sentadas al lado de sus triunfadores, y me las imagino desnudas, a cuatro patas, con la cabeza apoyada en la almohada y abriéndose las nalgas con las manos, ofreciendo su ano en sagrada ofrenda a su amo y señor. Las imagino, a todas.

Luego imagino la forma de conseguir a una de estas jacas para mí. No tiene que ser muy difícil. Ni siquiera tienes que ser un triunfador, sólo parecerlo. La engañaría el tiempo suficiente para

que tenga una cita conmigo. Para cuando se quiera dar cuenta de que no la puedo llevar de vacaciones a Ibiza, ya se habrá tragado mi semen y le habré jodido el culo.

Me repito que no puede ser muy difícil: salir de casa bien peinado y afeitado; hablar bajo y no levantar la voz, lo cual fuerza a tu interlocutor a prestarte más atención y no distraerse con el entorno para saber lo que estás diciendo, que seguro que es importante; vestir trajes caros y cuidados, lo que me obligará a destinar una parte de mi presupuesto a tintorerías; usar siempre corbata, pero evitar las corbatas demasiado coloridas que parecen traídas de Honolulu; llevar gafas de sol siempre que pueda, lo que me dará un aire inquietante; tener limpios los zapatos, brillantes, por lo que no hay que dudar en utilizar los servicios de un limpiabotas, experiencia que es una gozada a disposición de muy pocos y con la que cumples con tu yo solidario dando de comer a un estómago hambriento y satisfaces a la vez al clasista racista blanco hetero que llevas dentro, porque en estos tiempos de corrección extrema hay quien se ha empeñado en decir que el trabajo de limpiabotas tiene algo de humillante (la solución pasaría por prohibirlo y dejar sin trabajo a esa pobre gente que prefiere comer a proteger su dignidad) y es un oficio acaparado por minorías étnicas, generalmente gitanos, que no saben hablar apenas pero que frotar frotan como nadie, sobre todo los viejos. No verás nunca a un gitano limpiabotas menor de sesenta años. El resto se ganan la vida vendiendo bragas en el mercado o pasando cocaína, esa sustancia tan apreciada por las clases sociales de alto standing, políticos, artistas y controladores aéreos; y

finalmente no hablar demasiado, contener la verborrea y evitar dar datos innecesarios. La información adicional no solicitada puede volverse en tu contra. Un triunfador no cuenta más de lo debido, no habla más de lo estrictamente necesario y mantiene un aura misteriosa en lo concerniente a su vida privada que atrae a sus futuras putitas como la mierda a las moscas. Se trata de crear una ilusión lo suficientemente potente como para que todo el mundo se gire a mirar cuando entras en un bar sin necesidad de que hayas dicho una sola palabra. Todos tienen miserias, por supuesto, pero los triunfadores de verdad las dejan en casa, para después de haber disfrutado del culo de su nueva putita y de haberles empujado la polla hasta la campanilla, y la mayoría tampoco las descubre después de eso. Siguen escondiendo sus miserias incluso en casa, que ni sus hembras las conozcan. En realidad es pura desconfianza, tienen miedo de que les hagan un Dalila mientras duermen.

Una vez definida mi nueva imagen, tendré que cambiar de lugares que frecuentar, no sólo en los días laborales sino también en las noches de ocio. No es una cuestión baladí, porque si hay algo que define y separa los distintos estratos sociales son precisamente los bares, generalmente distribuidos por zonas dentro de una misma ciudad y claramente identificables. Desde la tasca de barrio obrero con los abuelitos jubilados jugando al dominó donde sirven buen vino de pitarra a precios populares hasta la discoteca de moda con doscientos “chinos” (definiendo como “chinos” a todos esos jóvenes confusos y maleables entre los diecisiete y los treinta y cinco años, porque la franja temporal que cubre la

palabra “juventud” es cada vez más amplia, vestidos como clones y peinados al estilo patentado por grandes iconos culturales que leer no han leído un libro en su puta vida pero dar patadas a un balón y tener novias florero en eso sí que son buenos) que se mueren de frío veinte minutos en la calle en pleno invierno para poder entrar, previo visto bueno de un “portero” con antecedentes penales y pago de una entrada que te da derecho a una copa con alcohol de dudosa procedencia, para acabar escuchando algo llamado trap que pretenden hacernos creer que es música en una estancia en la que ya no cabe un alfiler y si intentas levantar el brazo para darle un sorbo al cubata es muy probable que roces algún culo o entrepierna masculina sin quererlo o queriendo. Y todo eso mientras los jubilados están calentitos en su tasca con su vino peleón y su partida de dominó.

Ahí quedaría la cosa si no hubiese otros locales en los que no hace falta portero o, si lo hay, te trata de forma exquisita. Cuando cruzas el umbral de uno de estos, encuentras salas con un aforo debidamente moderado para que no parezca que el negocio no tiene éxito pero que tampoco estés hacinado como un gorrino en un camión camino del matadero. Hay gente guapa bebiendo gin, pero no un gin cualquiera, sino uno azulado, o rosa, o verde, o de cualquier otra tonalidad radiactiva. Ellos charlan sobre bolsa, caza, toros y coches que alcanzan los doscientos cincuenta kilómetros por hora. Ellas bailan canciones interpretadas por intelectuales, en su mayoría sudamericanos, que le deben la vida al autotune.

Si sigues recorriendo el local, llegarás a un patio adornado con plantas perennes en el que podrás disfrutar de tu gin Larios (porque eres un clásico como los héroes de antaño) tirado en un puf o en un reservado bajo una luz tenue y mortecina preparada para crear un ambiente íntimo, ideal para meterte una raya o dos de esas que te vende tu gitano favorito (o en su defecto tu payo venido a menos) sin que te vean o sin que a nadie le importe y mucho menos le extrañe.

Es allí donde se cuece lo bueno, un lugar privilegiado en el que o te hacen notar enseguida que no encajas o te ignoran porque no mereces un segundo de atención. Es fácil entrar, es fácil tomarse algo, es fácil pasar dos horas gastándote el dinero en copas raras al ritmo de un gilipollas que canta como si le estuviesen estrujando los huevos. Lo que no es fácil es interactuar y más difícil es interactuar con la persona adecuada, pero cuando lo haces, cuando lo logras, felicidades, estás dentro: ya te estás codeando con triunfadores.

En el fondo sabes que no quieres eso, me dijo CIUDADANO Z.

Fue en uno de esos locales un jueves por la noche tras el trabajo. Al día siguiente debía levantarme muy temprano, pero la semana había sido tan emocionalmente agotadora que necesitaba desconectar, así que llegué a casa, paseé a mi perro, le di de cenar, le dejé acostado en su sofá favorito, comí un sándwich de atún regado con un vino de dos euros y nueve céntimos que sentaba mejor sólo por el hecho de venir en una botella de cristal en vez de en un brik, me desnudé, me afeité, me di una ducha, me lavé los

dientes, me eché colonia infantil Nenuco, me puse traje negro con camisa negra y corbata negra, me volví a echar más colonia infantil Nenuco, en abundancia, me puse unos zapatos nuevos que me habían costado treinta euros, abrí la puerta y salí a la calle.

Para cuando atravesé el parque de Cánovas y llegué a la zona de la marcha ya me dolían los pies y seguramente tenía heridas en los talones. Cada paso significaba un pinchazo y mi forma de andar me transformaba en un monstruo de Frankenstein vestido de boda.

Había bares, pubs y tascas de todo tipo: desde pequeñas cafeterías intimistas y familiares especializadas en productos ecológicos degustables al son de flamenco y canciones populares, pasando por bares que igual abrían a las cuatro de la tarde para que se pudiese jugar al parchís con una consumición e igualmente cerraban pasada la medianoche tras repasar canciones pop, rock y heavy difícilmente escuchables en otros sitios de la ciudad, hasta pubs en los que treintañeros y cuarentones de vidas gastadas hacían cola para meterse una raya en los servicios al ritmo de música tecno e indie que realmente nada les interesaba.

Y luego estaba el sitio al que yo me dirigía, al fondo de la calle, casi en un callejón.

Al intentar entrar, un señor bajito enchaquetado que parecía salido de Liliput me dijo amablemente que esperase un par de minutos a que saliese alguien puesto que, a pesar de ser jueves y una hora no muy tardía, el local ya estaba bastante lleno.

Llegué como pude a una barra situada al fondo, esquivando los cuerpos que reían, charlaban, bailaban y bebían como si fuesen un

campo de asteroides y, tras quince minutos viendo cómo un camarero se lo tomaba con mucha calma para atender a los clientes por orden aleatorio y nada cercano al cronólogico de llegada, pagué nueve euros (precios populares) por un gin de lo más fashion y me puse a deambular.

Lo más jodido de estar en un sitio nuevo es no saber dónde ponerte, sin tener ni idea de qué hacer con las manos. Te apoyas un par de minutos en una esquina, miras el móvil, te mueves con suavidad hasta la otra esquina pero no en línea recta, sino yendo por los bordes, como si fueses buscando a alguien entre los pufs y las plantas perennes y los palés de madera transformados en sofás, pero como no encuentras a ese alguien que no existe te apoyas en cualquier sitio apartado otros dos minutos, consultas las noticias en twitter y vuelves a pasearte. Nadie te está haciendo caso, pero tienes la sensación de que todos saben que eres un pardillo. Es como cuando vas al cine solo. Ahora ya te da igual, pero admite que hubo una larga temporada, cuando las entradas no eran numeradas, que no dejabas de mirar hacia atrás fingiendo esperar a un acompañante ficticio porque es muy incómodo ir al cine solo porque piensas que la gente va a pensar que no tienes amigos, hasta que apagan las luces y puedes respirar pensando que nadie se ha dado cuenta cuando en realidad todos se han percatado pero les importa una mierda. Luego te haces mayor y te sientes a gusto yendo solo y te molesta la gente que va acompañada porque normalmente hablan entre ellos y lo hacen en un tono elevado para poder oírse por encima del volumen de la película y se ríen con el comentario ocurrente de sus acompañantes y para rematar sorben la

coca cola por la pajita de forma estruendosa y mastican descarada y desconsideradamente las palomitas y chucherías varias y abren las bolsas de patatas fritas y tú ya estás desquiciado porque llevas veinte minutos de película con los ruiditos de los cojones y decides que la única manera de disfrutar del cine como es debido es estar solo, pero solo del todo, sin nadie más en la sala, y como eso sólo es posible si tienes tanta pasta como para tirarla comprando todas las entradas de la sesión cada vez que te interese una película, buscas otra alternativa, que no es sino acudir a los videoclubs de toda la vida, que alguno existe y sobrevive a duras penas a internet, pero allí tampoco encuentras satisfacción, porque las películas llegan con varios meses de retraso y para entonces algún gilipollas ya te ha destripado el contenido y si es buena o mala o merece la pena alquilarla, o peor aún, que siendo buena nunca hay ninguna copia libre y no vas a quedarte esperando como un panoli a que alguien llegue en la hora siguiente a devolverla, y finalmente está lo de hacer cola, agotándote ese ritual que todos se han puesto de acuerdo en observar consistente en preguntar al dependiente qué tal está la peli, contestando el mismo que no la ha visto pero que tiene pinta de ser chula o que sí la ha visto, y en ese caso te miente y la pone por las nubes porque no te va a decir que es una mierda pues en ese caso no te la llevas y aquello es un negocio en el que para que ellos sigan abriendo tú tienes que llevarte una cinta, sea lo que sea. Es entonces cuando el cliente sigue la conversación argumentando que no sabe él, que la semana pasada también le dijo que era buena y

luego ni fu ni fa, zanjando el dependiente la conversación con un sencillo “pues a mí me moló”.

Tras la charla, que se repite en bucle con todos y cada uno de los clientes, llega el momento de buscar la cinta de vhs (que algunas quedan), dvd o blu-ray, meterla en una caja, introducir la caja en una bolsa y dispensar toda una serie de productos complementarios que no pueden faltar, léase palomitas de maíz, chocolatinas, pipas, regalices y refrescos en formato de dos litros, sacar otra bolsa, meter todos los productos en ese bolsa, colocarla al lado de la bolsa de la película y ya, por fin, cobrar, que lamentablemente también es una tarea lenta porque el cliente tiene que buscar el monedero, sacar un billete que inicialmente no da, sino que se pone a contar las monedas que lleva encima por si tuviese bastante y así quitarse calderilla, y eso que está casi seguro de que no va a tener monedas suficientes, por lo que al final acaba soltando el billete que sacó al principio y… ¿Lo adiviináis? No sé por qué ya no me sorprende que el dependiente no tenga cambio y diga que esperemos un momento y sale corriendo al bar de al lado a pedirle un favor al camarero, volviendo varios minutos después porque el camarero tenía que poner primero dos gins preparados a clientes preferentes.

Para cuando llega tu turno, has perdido más de media hora de tu vida, se te ha hecho tarde y no vas a poder ver la película de una sola vez porque te va a entrar sueño y, para colmo, te estás meando y no hay servicio para clientes en el videoclub.

Por todo ello, acabas hasta la polla y te pasas al bando de los piratas caseros de medio pelo y tiras de internet para descargarte vídeos para uso exclusivamente particular, y si bien en el noventa por ciento de los casos la calidad de la descarga es manifiestamente deficiente, al menos estás en casa en pijama calentito al brasero y no tienes que soportar colas, risas, conversaciones innecesarias y demás mierda.

Pues lo mismo estaba pensando en el patio de aquel bar, rodeado de gente, con una copa en la mano, diciéndome que en casa estaría muy a gusto jugando a la play con una serie de fondo y bebiendo algo que habría comprado personalmente en el supermercado, lo cual me daría la supuesta tranquilidad de saber que no estoy dándole al garrafón, cuando me di cuenta de que no era el único: había al menos veinte hombres como yo, entrados en los cuarenta, calvos, con tripa digievolucionada y con apariencia de lobos feroces venidos a menos y evidentemente desubicados, en solitario o en dúo o en grupos de tres o cuatro, con poder adquisitivo a juzgar por sus ropas pero con nulas dotes sociales, cuchicheando entre ellos y siguiendo con la mirada a jovencitas apetitosas recientemente veinteañeras, todas ellas con un denominador común: la juventud, sagrada diosa primaveral. Y todas ellas bailando alrededor de otros hombres más jóvenes algunos y más viejos otros con otro denominador común: tener más pasta que los que miraban. Por lo demás, la tripa y la calva seguían allí. No así la desubicación y la pinta de lobos feroces venidos a menos.

Me acerqué a la barra y pedí otro gin. De perdidos al río, pensé. Podría haberme ido, pero entre volver a casa con la perfecta excusa de tener que levantarme temprano y aguantar otra hora con cara de idiota y asumir la derrota, opté por la segunda opción.

Llevaba cerca de quince minutos esperando mi turno aunque no sabía cuál era realmente porque el camarero seguía saltándose el orden, creo que porque atendía primero a los más guapos, que le atraían como un faro en noche cerrada, cuando alguien a mi lado, acercando su cabeza a la mía para que le escuchase por encima de la música, me dijo: ¿Eres italiano?

Le miré. Se trataba de un hombre también de unos cuarenta años, sin arrugas, por lo que alguien más joven podría haberle echado treinta y tantos, con pelo rapado, gafas de pasta negra, zapatillas y vaqueros negros y camisa también negra con los dos primeros botones abiertos dejando ver un pecho peludo. Salvo por sus ojos vivos y su sonrisa sardónica, que contrastaba con mis ojos tristes y mi sonrisa que no era sonrisa porque se torcía hacía abajo por mucho que intentase educarla ante el espejo, nos parecíamos.

Mentira, me dije luego. Ya me gustaría parecerme a este tío.

Decía que me preguntó si era italiano, a lo que contesté que no, se disculpó y yo volví a prestar atención al camarero concentrándome para conseguir que él me la prestara a mí de una vez.

Otros quince minutos después ya estaba disfrutando del gin en un reservado al que me había dirigido para observar y envidiar a los que tuviesen pinta de pasárselo bien.

Allí estaba cuando el tipo de la barra me volvió a hablar. Yo llevaba un rato con el piloto automático puesto, mirando al frente sin mirar, ni siquiera pensando, en babia, como se suele decir, y no me había percatado de que se había acercado hasta mi posición. Le acompañaba una mujer que bien podría haber sido doble de Hale Berry en la película "El último Boy Scout", joven y con todo en su sitio.

Perdona que te insista, me dijo. ¿No has estado en Italia la segunda quincena de agosto?

No.

¿Estás seguro?

Sí.

¿En serio que no has estado en Venecia?

No.

¿Pero nunca?

Que no.

Pues me parece importante que sepas que tienes un doble gondolero.

Me reí.

El tipo le dijo algo al oído a la chica, que se fue despidiéndose con un beso en la mejilla, y me pidió permiso para sentarse a mi lado.

Es necesario que todos sepamos dónde hay un doble de nosotros, siguió hablando. Imagínate que tienes uno cerca y ese doble comete un crimen, siendo que hay cámaras que lo graban. Imagínate que el doble consigue huir y las autoridades deciden difundir el vídeo y todo el mundo te señala a ti porque te pareces demasiado. Sería desafortunado, pero podría pasar. Por mucho que estadísticamente sea casi imposible, no deja de ser una bola metida en un bombo enorme y la suerte a veces es muy puñetera. El que tengas un doble en Venecia es circunstancial. El saberlo es una ventaja. Si ese doble la lía, al menos, cuando vengan a por ti, podrás alegar que estabas en otro país. Por eso es importante llevar una agenda detallada en la que se debe apuntar dónde y con quién estás en cada momento, no sea que a tu doble le apetezca venir a España y a Cáceres por culpa del reclamo turístico que ha sido la grabación de Juego de Tronos, se comporte como un hooligan inglés, regrese a su país y te deje a ti la tostada.

Discurso demoledor, pensé. Me ha convencido para que me compre una agenda. Ahora sólo falta que me diga que trabaja en una papelería y que me vende una.

Me reí.

Por cierto, me llamo CIUDADANO Z, dijo tendiéndome la mano.

Un placer, soy CIUDADANO A, respondí con un apretón.

Para entonces, la chica que se parecía a Hale Berry había regresado con dos tercios. CIUDADANO Z se bebió de un trago lo que quedaba del que tenía y aceptó el que ella le daba. Más adelante me contaría que fuera de casa jamás bebía otra cosa que no fuese cerveza, pues el riesgo de sufrir del mal del garrafón era más elevado de lo que la gente pensaba.

Bueno, no te molesto más. Se levantó. Por cierto, me voy a permitir darte un consejo: No pierdas el tiempo. En el fondo sabes que no quieres eso – escupió la palabra "eso" señalando con la cabeza a los demás clientes – créeme. Lo que tú necesitas es ser otro tipo de gente. Y ya de paso… Tío, es acojonante que no te acuerdes de mí.

Le vi marcharse del local mientras Hale Berry se agarraba a su cintura.

Y no, no sabía quién era, así que lo de intentar recordar o situar a este tarado en un momento determinado de mi vida ya era demasiado pedir.

Apuré la copa de gin y fui tan gilipollas que en vez de irme pedí otra.

Sufrí las consecuencias a la mañana siguiente.

CONTINUARÁ...

SOCIÓPATA SOCIETY

Una novela de

JOSÉ VIERA CÁNDIDO

WWW.DEFORMOLOGIA.COM

joseviera@deformologia.com

C/ García Plata de Osma nº 7, 3º B

10001 Cáceres

Tlfno: 607940593